

EDITORIALES

ANTE LA CRISIS COMUNISTA

Es un lugar común hablar en estos días de la crisis del comunismo. Fácil era venir observando un enfriamiento, en el mundo, de la mística comunista; una disminución del poder seductor del mesianismo comunista de las primeras décadas post-revolucionarias; pero la tragedia de Hungría ha sido para muchos la gran revelación, que va haciendo correlativo el desencanto de los de acá con la rebeldía sorda o manifiesta de una buena parte de los del otro lado del telón de acero.

Es, sin embargo, bien difícil apreciar exactamente la profundidad y extensión de esta crisis interna del comunismo. Por otra parte, el comunismo contemporáneo no es una mera doctrina abstracta o un movimiento libre de proselitismo ideológico. Es una fuerza física, una voluntad de poder, una onda revolucionaria con epicentro en Rusia; y aunque nos parezca que el coloso tenga los pies de barro, no sabemos cuánto tardará en desplomarse ni los estragos que acarreará en su ruina.

Algo hay cierto para nosotros: la bondad intrínseca de nuestra doctrina y el crecimiento constante de su poder de conquista. Mientras una vez más se derrumban los ídolos, la verdad perenne, fluyendo mansa pero transparente y continua del doble manantial de la ley natural y de la doctrina revelada, va haciendo su curso fecundo y conquistando siempre, en espíritu y en obras, nuevos adoradores.

Si en los planes de la Providencia ha sido y seguirá siendo todavía el comunismo un azote, para castigo de muchos pecados de codicia, y un revulsivo, contra otros muchos pecados de omisión, no hagamos la injuria de dar un signo negativo de

mero antídoto a las enseñanzas sociales de la Iglesia. Cumple a ésta el depurar, ilustrar, y completar los postulados de una sana filosofía fundada en la ley natural y el insertarla en la medida de lo posible y de un modo progresivo en la Historia. Si por ventura llegara un día en que nada hubiera que temer del comunismo, sería la hora de inculcar con mayor fuerza las soluciones cristianas de la vida. Esa inmensa herejía práctica del comunismo, como todas las herejías, no ha hecho sino robar algunas partículas de verdad para presentarlas con la fuerza alucinante de las ideas simples y cómodas a un mundo en tinieblas y desgarrado por el hambre y el odio.

Pero el comunismo no era la luz verdadera; y por eso no ha podido alumbrar obras buenas sino mostrar crímenes sin cuento al resplandor siniestro de sus especiosas doctrinas. Es menester que mostremos bien alta la verdadera e inextinguible luz sobre el candelero; que se vea iluminada sobre el monte la ciudad cristiana. Es esa luz que parte del concepto esencial del hombre, de su dignidad natural y sobrenatural, para remontarse a través de la familia y de la patria, en un concepto orgánico y completo de la vida individual y social, hasta la universal sociedad humana —ahora en tan laboriosa gestación— e iluminar finalmente los destinos eternos de la humanidad y fundir sus haces con los supremos resplandores de la Ciudad de Dios.

Pero esta luz verdadera, debe alumbrar, por contraste con aquella otra vacilante y siniestra, "obras buenas que glorifiquen a nuestro Padre que está en los Cielos". ¡Obras, obras!; muchas obras de justicia y de caridad que sean la manifestación de nuestra fe en Dios; de ese Dios perfectísimo, más si cabe que en otros, en el atributo de su misericordia, hasta encarnarse en ese Niño cuyos inefables misterios celebramos estos días; ¡El cántico de los ángeles de Belén y las ofrendas de los pastores como réplica a las blasfemias y crímenes de los verdugos de Hungría!